

ANALES DEL INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS

Anales del Instituto de Investigaciones
Estéticas

ISSN: 0185-1276

iieanales@gmail.com

Instituto de Investigaciones Estéticas
México

Fajardo DE RUEDA, Marta
La jura del rey Carlos IV en la Nueva Granada
Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, vol. XXI, núm. 75, primavera, 1999, pp. 195-209
Instituto de Investigaciones Estéticas
Distrito Federal, México

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=36907410>

- How to cite
- Complete issue
- More information about this article
- Journal's homepage in redalyc.org

redalyc.org

Scientific Information System
Network of Scientific Journals from Latin America, the Caribbean, Spain and Portugal
Non-profit academic project, developed under the open access initiative

MARTA FAJARDO DE RUEDA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

La jura del rey Carlos IV en la Nueva Granada

PARA ESTABLECER VISIONES comparativas sobre las fiestas coloniales hemos de remitirnos tanto a las ordenanzas reales, como a los bandos y relaciones o actas que se escribían, una vez finalizadas éstas, para que el rey tuviera noticia de “cuanto se había hecho en su honor”. Felizmente, algunos archivos coloniales aún conservan copias de dichos documentos. Su lectura detenida ilustra sobre aspectos muy variados, relacionados con la vida civil y religiosa y en particular, en el caso que nos ocupa, con las numerosas expresiones de arte efímero a que daban lugar e incluían estos acontecimientos. Los resultados de la fiesta se publicaban en ocasiones especiales e incluían grabados sobre las obras de arte y arquitectura que habían servido a este propósito. Es posible que estos folletos se utilizaran después como modelos para otras celebraciones. El historiador colombiano Gabriel Giraldo Jaramillo dice haber encontrado entre los libros que pertenecieron al pintor Antonio García del Campo “un cuadernito de estampas o láminas de prospectos que se hicieron en Madrid para la Jura del Señor don Carlos IV”.¹

A este respecto resulta oportuno recordar la reflexión del historiador Antonio Bonet Correa: “Quien ha leído una relación puede decir que ha leído todas, aunque precisamente es en su calidad de serie, en sus casi insignificantes variantes en donde reside el máximo interés de las distintas

1. Gabriel Giraldo Jaramillo, *El grabado en Colombia*, Bogotá, ABC, 1956, p. 92.

versiones de la fiesta, siempre idéntica e igual a sí misma como todos los ritos.”²

En esta búsqueda de lo particular analizaremos lo ocurrido en cuatro ciudades neogranadinas: Santafé, Cartagena, Panamá y Cali, con ocasión de la jura del rey Carlos IV, a fin de que se puedan establecer comparaciones con las formas o interpretaciones que se dieron al suceso en otros lugares de América.

*Santafé, Cartagena, Panamá y Cali: variaciones alrededor
de una misma celebración*

La proclamación del rey Carlos IV en Santafé despertó mucho entusiasmo. Según el cronista decimonónico Ignacio Gutiérrez Ponce, “veinte y nueve años habían transcurrido sin que la colonia tuviera que festejar el advenimiento de un nuevo Soberano; y esta circunstancia unida a la solemne entrada de Ezpeleta en la Magistratura, excitó en el pueblo el vivo deseo de celebrar tan fausto acontecimiento”.³ Los festejos tuvieron lugar entre el 6 y el 20 de diciembre de 1789, en Cartagena, a mediados de 1789. En Cali, desde el 1º de enero hasta el 8 de febrero de 1790 y, en Panamá, hasta cuando “vencidas las fuertes aguas del Inbierno”, se pudo realizar la celebración, que duró desde el 24 de enero hasta el 16 de febrero de 1790. Es decir, que allí hubo una gran fiesta de 18 días, tan sólo interrumpida por “desagravios que hace la ciudad los tres días de febrero con motivo del Incendio que padeció el año de 1737”.

La gloria del rey Carlos III, quien fue considerado el iniciador de una edad de oro, posiblemente despertó muchas expectativas entre los súbditos del ahora futuro rey, su hijo, Carlos IV, ya que el entusiasmo por su proclamación y coronación resultó desbordante. En la Nueva España, por ejemplo, se trabajó en una elaborada decoración para el Ayuntamiento. La participación de los plateros fue extraordinaria, y también fue presentado el proyecto del monumento ecuestre al soberano, que sólo habría de realizarse años más tarde.⁴

2. Antonio Bonet Correa, “La fiesta barroca como práctica del poder”, *Arte efímero en el mundo hispánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 49.

3. Ignacio Gutiérrez Ponce, *Crónicas de mi hogar o apuntes para la historia de Santafé de Bogotá*, cap. XXIV. “Convento de Capuchinos”. “Terremoto de 1783. La jura de Carlos IV. Fiestas reales”, *Papel Periódico Ilustrado*, tomo III, Bogotá, Imprenta de Silvestre y Compañía 1883-1884, pp. 324-326.

4. Clara Bargellini, “La lealtad americana: el significado de la estatua ecuestre de Carlos IV”,

Las representaciones simbólicas y las alegorías en la Nueva Granada fueron muy destacadas. En Panamá, por ejemplo, acompañan a las efigies de Carlos IV y su esposa, la de Mercurio y las alegorías de América y de Europa. En Cartagena, sobresalen los carros triunfales, mientras que en Santafé diez de los más distinguidos caballeros de la sociedad conforman vistosas cuadrillas, luciendo adargas con loas alusivas al rey Carlos IV, a la reina María Luisa, al príncipe Fernando y a la casa de Borbón. En Cali, el alférez real se hizo cargo de todos los gastos, tal como lo había hecho en la jura de Carlos III. Según Eustaquio Palacios en el acta escrita el 26 de febrero de 1790, figuraba que “preguntado dicho señor Alférez Real cuánto había sido el costo de esa suntuosísima fiesta, contestó: que como fue plata que gastó tan a su gusto, no llevó cuenta de ella”.⁵

*Homenaje al soberano y diversión para todos
los tablados*

En Santafé, el ánimo de los pobladores se encendió con el prolongado repique de campanas del día 5, con el cual se anunciaban las fiestas. La jura del monarca tuvo lugar el día 6 en el tablado que a sus expensas hizo construir el alférez mayor en la plaza mayor de Santafé. Según Saturnino Vergara, cronista bogotano del siglo XIX,

A la construcción del tablado concurrieron las reglas mas primorosas de arquitectura, describiéndose para su parte superior un círculo, le sirvieron de fase cuatro fases cuadrangulares en cuya respectiva frente venían pintadas las bellas artes con sus jeroglíficos que las caracterizaban y que al mismo tiempo demostraban la especial protección que han debido al Soberano. En los intermedios estaban colocadas con proporción cuatro escaleras por donde venía a parar en los ámbitos que servían al círculo de ornamento, igualmente que de apoyo a los pasamanos, en donde se hallaban largas astas que remataban en lucidos gallardetes, sostenidas sobre cuatro escudos de armas que representaban las de Castilla, León, Aragón y las de esta ciudad.

en *Iconología y sociedad, arte colonial hispanoamericano*, XLIV Congreso Internacional de Americanistas, Manchester, 1982, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

5. Eustaquio Palacios, “La jura de Carlos IV”, *El alférez real* [1886], Editorial Panamericana, s. f. El autor de esta novela asegura que su relato está basado en el acta que se envió al rey.

A ella le siguió un paseo a caballo de “toda la nobleza y el ejército”, por las calles de la ciudad, “vistosamente adornadas de espejos, pinturas y damascos”. Después de los juramentos de fidelidad,

se repartieron a todos los individuos que componían la Junta, las medallas de oro y plata que para perpetua memoria de este acto, se abrieron a expensas del Alférez Mayor, en donde estaba grabado el busto de nuestro católico monarca y al reverso el blasón de la ciudad, el apellido del Alférez Mayor y este lema: *Santa Fidei firmat fidem*. En el lado en que estaba el Real busto se leía: Carolus IV D.G. His. et Ind. Rex.⁶

A los notables se les obsequió con medallas conmemorativas de oro y plata y al pueblo, en gesto simbólico como se deduce de la descripción, el alférez mayor, Luis de Caicedo y Flórez, le arrojó gran cantidad de monedas de plata, para hacer ver “a las claras las entrañas reales como son en sí, llenas de las virtudes regias que tanto auxilian á la miseria á la inopia y á la infelicidad”. Escena semejante se repitió al día siguiente en casa del alférez mayor, en donde se colocó el estandarte real. Esta vez los protagonistas fueron su esposa y sus pequeños cuatro hijos.

puestos a los pies de los reales retratos, repartió a cada uno copiosa cantidad de dinero, para que a vista de ellos y en el real nombre de los originales que representaban la echasen al innumerable pueblo que los miraba, repitiendo cada vez que lo arrojaban en cuanto su escasa edad lo permitía, estas voces: Viva Nuestro Señor Don Carlos IV, y a su nombre.

En Panamá se menciona así la relación con los necesitados:

los días anteriores y sucesivos, se repartieron de Limosna a los Pobres, Hospitales y Combentos quarenta y quatro Toros, y ocho Terneros que importaron de principal, quinientos ochenta y quatro pesos, y haviendose recogido de diferentes Personas doscientos, quarenta y dos pesos, se distribuyeron del mismo modo, prefiriendo las Monjas mas necesitadas del Monasterio de esta Ciudad y Pobres Vergonzantes.

Parece que los decorados eran tan móviles como los del teatro, de acuerdo

6. El Museo Nacional de Colombia conserva un ejemplar de esta moneda.

con el siguiente comentario sobre lo ocurrido el mismo día 6.

Ya la plaza mayor estaba toda redificada con vistosa perspectiva de tablados, andamios y balcones puestos con simetría y adornados de colgaduras de seda, y muchos de ellos de espejos y cuadros de gusto. Se esperaba la noche para que empezase la iluminación, la que debía durar por tres noches continuas y llevarse a un grado superior de diversión, porque a la distancia de cuatro varas de los tablados se había proporcionado una valla de madera de dos varas y media de altura en la que se pusieron con medida artificiosa muchísimas teas, y según los cuatro puntos cardinales de la tierra, las estatuas de las Prudencia, la Justicia, Fortaleza y Templanza, virtudes características de nuestro amable Soberano.

Como la información sobre Cartagena es muy precaria, no podemos establecer comparaciones en cuanto a los tablados. Pero es evidente que el tablado constituía una importantísima parte del festejo. Colocado en el centro de la plaza, rodeado de gradas y balcones profusamente decorados con telas vistosas, flores, luces, adornos diversos, debía lucir como un gran cuadro vivo, gracias a la animación que le proporcionaría la gente con sus actuaciones. El de Cali contaba con “grande alfombra, adornado de cortinajes de seda, simulando un salón regio”. Tanto en la casa del Ayuntamiento como en la del alférez real se exponían los retratos del soberano. En esta última, “acompañado de dos pinturas que representaban la Virtud y la Razón en forma de dos hermosas doncellas. Un soneto, en grandes letras manuscritas, explicaba la pintura”.

En Panamá, la organización estuvo a cargo del administrador principal por su majestad de la renta real de aguardientes, Antonio Chacón, y de Josef de Aguirre, contador principal de la de tabacos. Con la contribución de la ciudad, a través de los gremios y de algunos notables, como don Josef Domás y Valle, quien encargó a un “Avilísimo pintor de Quito los Reales Retratos de sus Magestades”. Como uno de los propósitos del gobierno era el de construir una plaza de toros permanente, frente a la catedral, antes de proceder a los decorados se la edificó allí mismo “ochavada de trescientas varas de circunferencia, con dos altos tablados de igual dimensión corridos de arcos, y coronaciones, sostenidos sobre columnas de madera dadas de color azul y encarnado con bastantes colgaduras de seda, y papeles pintados en lo interior, i exterior de los aposentos”.

A este propósito, es interesante señalar que durante el siglo XVIII, en América, se construyeron las plazas de toros, con lo cual se perdió gran parte de la importancia que tenía la plaza como escenario de la

festividad.⁷ Lo más atractivo en el tablado de la plaza principal de Panamá fue la decoración que se colocó alrededor de la plaza de toros. Así lo describe don Juan Ignacio de Aspiru, el escribano real que hace el recuento de la fiesta:

para que estuviese mas vistosa, se puso por todo el círculo de la vaya, o Parapeto de la Plaza, un Lienzo, que al propósito se hizo pintar por la ciudad con diversos dibujos de Gentes, Arboles, Aves y Animales de todas especies, que estaban colocadas diferentes targetas alucibas al objeto de las figuras, que unas por curiosas y otras por raras sirvieron de diversion al público, confesando hasta los antiguos no haberse hecho plaza de mayor lucimiento en clase de provisional en los tiempos pasados.

Dos elementos merecen destacarse aquí. En primer lugar, el extraordinario prestigio del que gozaban los pintores de Quito. Su fama llegaba hasta estos apartados lugares y la gente no dudaba en hacerles encargos, prefiriéndolos a los artistas quizás más próximos, como podrían ser los de Santafé o de Tunja. A este respecto hemos venido señalando la existencia de una fuerte relación entre Quito y el occidente del Nuevo Reino de Granada, que se traduce en la notable presencia del arte quiteño en las regiones del actual departamento de Antioquia, desde inicios de la colonia. La mención de un “avilísimo pintor de Quito” es un indicio más de que esta influencia llegó hasta Panamá.⁸ Por otra parte, las representaciones descritas en el lienzo del parapeto son verdaderamente novedosas, pues no se acostumbraba trabajar tales temas, y son muy escasos en nuestra iconografía. Prácticamente hasta la expedición botánica (1783-1816), los artistas comienzan a observar la naturaleza y consignarla en sus obras. Por su espontaneidad y sentido de lo local, resulta interesante saber que se escogieron estos temas, dado que es muy escasa la alusión a lo propio. Tanto en la pintura como en la escultura siempre se acude a los elementos europeos, clásicos o modernos, pero escasean, en particular en nuestras celebraciones, las referencias a lo más cercano: nuestro continente, sus gentes, su fauna o su flora.

7. Bonet Correa, *op. cit.*, p. 65.

8. Marta Fajardo de Rueda, “Art in the Viceroyalty of New Granada”, en *Barroco de la Nueva Granada. Colonial Art from Colombia and Ecuador*, Nueva York, Americas Society, 1992.

El primer acto de Proclamación tuvo lugar en la mañana del día 29 de enero:

subiendo a él en la forma que se practica, los señores Governador su Teniente asesor y el Alferez Real con el Escribano que ocuparon el centro, y los quatro angulos de los reyes de Armas, quienes llamaron la atención del publico, prorrumpiendo alternativamente en vos alta: Uno *silencia*. otro: *oid*; otro: *atended* y otro: *escuchad* a que al punto salió el cavallero Alferez Real, á uno de los extremos que hacia frente á los Reales retratos diciendo *Castilla: Castilla: Castilla: Las Indias y Panama por el rey Nuestro Señor Don Carlos Quarto que Dios guarde muchos años*. Y tremolando al acabar estas palabras el real Pendón, se arrojaron al Pueblo por los reyes de armas cantidad de monedas de plata de todas clases, y dicho Alferez ejecutó lo mismo con generosidad, repitiendo al mismo tiempo las vivas de todo el concurso con repique general de campanas, salva de la Plaza y Tropa de la Guarnición.

Luego de apretada carrera a caballo de los miembros del cabildo, se repitió la proclamación en la Plaza de Santa Ana.

Tres tablados más se construyeron para la corrida de toros. El más vistoso de ellos, al parecer, fue el del cuerpo del comercio, que reflejaba muy bien sus relaciones con el oficio y con su protector. El tablado estaba revestido de “lienzos transparentes [...] en que se hallaban pintadas con propiedad la Europa, la América, el Dios Mercurio, Dos Glovos enlazados con dos navíos y otras varias targetas i decimas mui espresibas de su afecto y obsequio al objeto de la función”.

El arte de la platería y su presencia en las fiestas

La Catedral de Panamá no sólo se vistió con colgaduras, luces y láminas repartidas por toda la circunferencia, sino que lució un rico frontal de plata y “sobre setenta piezas labradas de lo mismo en figuras de flores y ramos, incluso los seis grandes, y ocho Blandones de preciosa hechura que últimamente costeo para su Yglesia en conjunto de los magníficos ornamentos que hizo traer de España”. El documento aclara que esta ornamentación corrió a cargo del obispo, el Ilustrísimo don Josef Antonio de Miranda, y que “el Ayuntamiento concurrió de uniforme de Gala, Lacayos y Caballos con ricos y costosos jaeces unos guarnecidos de plata y oro, y otros bordados de realce

con redecillas plateadas de vivos colores, lazos y sintaz bien repartidas; de suerte que no se esperó estubiese tan lucida la carrera”.

El caballo del alférez real de Santafé iba “ricamente enjaezado”, seguramente con aparejos de plata, como se acostumbraba. En la noche del martes 8 los comerciantes ofrecieron una velada de fuegos artificiales. “Dieron inicio a su representación trayendo por las principales calles de la ciudad un magnífico carro triunfal, y colocado en él un Vitor de plata primorosamente labrado en realce con fondo de terciopelo azul guarnecido de galón fino.” El balcón del señor virrey lucía “debajo de magnífico solio, que estaba adornado de cornucopias, campanas y bombas de cristal para la iluminación de esta y de las dos noches siguientes, un Retrato del rey Nuestro Señor primorosamente labrado en plata y colocado en medio de un cuadro muy hermoso”.⁹

No es menos notable en Cali la ostentación de las piezas de plata y oro. Las señoras, luciéndolas en joyas trabajadas en especial con diamantes y esmeraldas, y los hombres en empuñaduras y hebillas, pero sobre todo en las armaduras de sus caballos.

El arreglo de la casa del alférez real, visible para todos cuando se sirvió el refresco y comenzó el baile, fue el siguiente: “Veíase allí la vajilla de plata, platos, platillos, fuentes jarros, tachuelas y sobre todo gran cantidad de piezas de porcelana legítima de China.”

Música y bailes, el refresco y el ambigú

En las horas de la noche del domingo 6 de diciembre, se celebró un gran baile en Santafé, seguido de una cena en casa del alférez, al cual asistieron el virrey y la sociedad santafereña. El miércoles 9, cumpleaños de la reina, “hubo opíparo refresco por la tarde, y cena y baile por la noche en la casa del Virrey”.

En Panamá, luego de la jura,

concurrió toda la comitiva al Palacio del Señor Comandante General en que se sirvió el espléndido refresco que dio el Cavallero Alférez Real á que asisitieron

9. Un vitor era una “manifestación de aplauso que consistía en un cuadro alegórico pintado en lienzo o tabla”. Según Gutiérrez Ponce, el aquí mencionado era de plata, probable contribución de los plateros de Santafé.

los Ilustrísimos Señores obispo de esta Diócesis y la de Truxillo (don Josef Andres de Achurra), los dos cavildos, Gefes, y personas de distincion de ambos sexos de la ciudad, y forasteras, continuandose la diversion con Bailes hasta las dos de la noche, en cuyo intermedio se sirbio tambien un abundante, y esquisito Ambigú, así en obsequio de la funcion como de gratitud a la mucha concurrencia que asistio.

Bastante generosos se mostraron la ciudad y el comercio por lo que costearon:

en las vísperas de los dichos Toros, hubo fuegos; y en las tres noches de los días de las corridas, de ellos, concurrieron a las oraciones a la sala de cavildo todas las personas de distincion de ambos sexos, en que se halló puesto un esquisito y abundante refresco de todas clases de dulces, con bebidas y licores de varias especies, y concluido, se dio inmediatamente en la misma sala el Baile que se tenía prevenido para todas tres noches de toros.

Las comidas en Cali fueron también muy ricas. Además de los banquetes para los notables,

la plebe invadió patios y corredores y participó en el refresco, y además a los que no pudieron entrar por falta de espacio, se les sirvió en la calle: frente a la puerta principal se había construido una pila que por diferentes tubos arrojaba vino generoso del cual tomaban todos los concurrentes, en vasos de cristal puestos allí para el efecto; y se les arrojaba, desde los balcones, panes, bizcochuelos, dulces, quesos, frutas y de todo cuanto se servía adentro a la nobleza. Allí mismo, en la calle se había colocado una cucaña cargada de los mismos manjares.

Como se habrá advertido, la música es un elemento muy importante, que acompaña todas las celebraciones. Para la fiesta en Santafé se menciona la presencia de dos orquestas y una para la de Panamá.

En Cali, como ocurre en la actualidad, la música tiene una importancia extraordinaria. En esta ocasión, la orquesta “estaba colocada en medio de la plaza, en un alto árbol, como de fragata, con tres copas o balcones y con bandarillaje de lienzos pintados; en la cima había dos grandes banderas de tafetán cuarteadas y muchos gallardetes”. Con respecto al conjunto que amenizó los bailes, dice el cronista:

Los músicos se colocaron en un largo escaño, en el corredor, frente a la puerta de la sala. Esta música consistía en dos arpas, dos flautas, dos violines, acompañada por el ruido del pandero y del alfandoque y por el remo que se hacía en la caja del arpa. El maestro Zapata era el jefe de la orquesta y tocaba una de las arpas: la otra estaba en las hábiles manos de un negro joven, discípulo de Zapata, llamado José Ruiz.

Según lo ocurrido en Panamá, el día 7, a la misa solemne y *Tè Deum*, con salvas de artillería siguieron las escaramuzas a caballo, que se repitieron el último día. Hubo también carreras y juego de cañas, desde el martes 8 hasta el día 20, con excepción del 12, en el cual se hicieron dos representaciones teatrales. Si bien no conocemos los argumentos de las obras, al menos contamos con un corto comentario de interés, pues anota el relator:

El 8, 9, 10 y 11 hubo Comedias las tres primeras costeadas por los Gremios de esta ciudad (escluso el de comercio) y la otra por el Individuo que las dirigió; y aunque es cierto que por no haver comicos de profesion, ni mugeres que quisieren entrar en ellas, se hicieron por hombres aficionados es de adbertir que se presentaron y vistieron con tal propiedad que causo admiracion assi el aire equíboco del sexo, como lo bien que midieron el verso, y viveza con que executaron los Pasages, á que acompaño la hermosa vista del Teatro y sus mutaciones, y no menos estubieron mui lucidas las Loas que precedieron, cuyo concepto y el primor de su composicion, junto con el golpe de musica, demostraba en argumentos de competencia la mas fina lealtad de Panama al Soberano: Y siendo los humildes Gremios los que han tributado este corto obsequio, ayudados del Protector de quien se balieron, han merecido todos el general aplauso: Y haviendo agradado al Publico dichas comedias, se repitieron dos de ellas el Domingo y martes de Carnestolendas.

En Cali, sabemos que se representó la tragedia *Raquel*, que conmovió vivamente al público, con “entremeses en los entre actos y contradanzas ejecutadas por niños”.

El costo de las fiestas: la participación de los gremios

Con una escasa documentación hemos tratado de reconstruir por lo menos algunos aspectos de la celebración de esta misma jura en la ciudad de Carta-

gena. En esta ocasión, fue el gremio de los catalanes quien pagó los gastos de la fiesta. Dado que la información es muy fragmentaria, no sabemos si participaron otros grupos. Los datos que tenemos, sin embargo, son bastante reveladores. Se refieren a los

26 jornales que he trabajado para don Salvador Vives en la formación de una Fuente y sus cañones, dos varandillas y 48 candelas obra toda util la misma que ha quedado puesta al carro de su idea. [Más adelante se agrega]: Mas he recibido 3 pesos por la formación del rótulo Géminis, la composición de un farol grande y mi trabajo del día de la descomposición del dicho carro y para que sirva de datta al interesado doy este en Cartagena de Indias a 29 de junio de 1789.

Del día 13 de julio del mismo año, Miguel Sastre firma otro recibo en el que relata haber estado trabajando nueve días en el “carro de mi propio oficio de carpintero” y Juana Matías Ximénez firma el 30 de junio este documento:

Reciví por cuenta de los señores Don Jaime Giralt y Don Rafael Galofre 26 pesos para importe de jornales que hemos trabajado en la formación del vestido del carro, escudo de armas, victor, vestidos de los muchachos, sombreros y hacer los lazos, para que conste y sirva de resivido firmo el presente que doy oy 30 de junio de 1789.

De don Jaime Giralt es un documento en el que figuran, según sus propias palabras, “menudencias”, pero que sin embargo contiene datos relativos a los gastos de preparación y conducción de lo que debió ser un “carro triunfal”. Dice: “Razón de varias menudencias que tengo pagado y entregado todo por el fin de la función del gremio de los catalanes que se celebró el día 25 de junio del presente año de 1789.” Luego el señor Pedro García Begambre dice que entregó por cuenta de los señores Giralt y Galofre “efectos para las pinturas del adorno del carro y función, para la Jura de Nuestro C. M. el Señor Don Carlos 4, que Dios guarde”.¹⁰ Estos eran

cinco manos de papel rosado, doce piezas de medios listones, tres piezas de cinta Borlonanxa, una pieza de cuerda de cáñamo, nueve docenas de ramos grandes, nueve docenas de flores medianas, seis pesos de velas, tres pesos de vino, cuarenta y un sombreros de paja, cuarenta y nueve ramos grandes de plumas, veinte y ocho varas de tafetán doblete rosa, y treinta y nueve docenas de flores chicas.

10. Archivo General de la Nación, Sección Colonia, Fondo Historia Civil, fs. 310-317.

La participación de los catalanes parece estrechamente relacionada con el poderoso grupo de aquel reino de España, cuya migración en el siglo XVIII aún no ha sido estudiada en nuestro país. Llevar carros triunfales era una bella tradición europea que se mantuvo en América e incluso se enriqueció en algunos lugares con elementos propios. En los casos particulares del Perú y de Bolivia, el estudio más completo ha sido realizado por Teresa Gisbert.¹¹ No habíamos tenido noticias de los antecedentes coloniales de su uso en Cartagena, aun cuando se sabe por los cronistas que con carros triunfales fueron recibidos en pueblos y ciudades los próceres de la Independencia, y que se siguieron usando por muchos años para celebrar las fiestas patrias. Aun hoy en día se decoran carrozas con gran derroche de imaginación para las fiestas de noviembre que con esplendor se celebran en Cartagena, la “ciudad heroica”.

Los toros

Es muy notorio el entusiasmo de todos los cronistas al narrar la fiesta de los toros. Se advierte de inmediato que este espectáculo gozaba de gran aceptación como ocurre en la actualidad en nuestro país y en otros lugares de América. Con gran entusiasmo son acogidas por el público en el presente las temporadas de toros en ciudades como Lima, la ciudad de México, Quito, Bogotá, Cartagena, Cali y Manizales, para citar tan sólo algunas. A diferencia de otros episodios, el de los toros era celebrado por toda la comunidad. Se hacían presentes en el mismo recinto desde las más altas dignidades civiles y eclesiásticas hasta el pueblo más raso, incluyendo a la población indígena y africana, todos participando con gran alegría. El historiador Pablo Rodríguez en ameno relato nos cuenta cómo en alguna ocasión las monjas de Santa Inés, quienes presenciaban la corrida desde las ventanas del Convento, fueron reprendidas por el griterío con el que expresaron su entusiasmo.¹²

11. Teresa Gisbert, “La fiesta y la alegoría en el virreinato del Perú”, *Simposium de Arte Efímero*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, y “Calderón de la Barca y la pintura virreinal andina”, *Jornadas de Andalucía*, 1992. Concretamente sobre los óleos anónimos del *Corpus Christi* y sus significados, véase Dean S. Carolyn, “Who’s Naughty and Nice Childish Behavior Processión”, *Native Artists and Patrons in Colonial Latin America*, vol. 7, Arizona State University, 1995.

12. Pablo Rodríguez, “Los toros en la Colonia”, *Revista Credencial*, Bogotá, febrero de 1996.

En el documento de Panamá se menciona “una de Terneros para la Jubentud”, probable antecedente de nuestras “becerradas”. De Cali se dice que las fiestas continuaron “con la misma esplendidez que el primer día, con alboradas, toros a mañana y tarde, danzas, paseos a caballo, fuegos artificiales, máscaras, representaciones teatrales, banquetes y refrescos”.

La siguiente descripción nos habla de las corridas en la ciudad de Panamá:

En los días 27, 28 y 29 se hicieron tres corridas de toros de mañana y tarde las dos primeras, costeadas por la ciudad, y la otra por el Comercio, en las cuales se lidiaron, y mataron catorce toros cada día, por otros tantos Caperos, Banderrilleros y Picadores, que pagados y obsequiados con bestidos de Majo, se buscaron de los mas sobresalientes de esta ciudad y pueblos de la Jurisdiccion, los que en efecto lucieron su habilidad, y especialmente los últimos, por la destreza, y arrogancia con que cada uno de ellos esperaba, y sujetaba á pie y a pulso la fiereza del toro, con solo el auxilio de la vara con un pequeño clavo en la punta, consiguiendo todos el aplauso de público que estuvo muy complacido a proporción de lo que apetece esta especie de diversión,¹³ cuyo lucimiento aumento primorosa vista de la Plaza, y el mucho concurso, y á que también asistió en sus Balcones el Muy Ilustre Ayuntamiento precidido de su Governador, y por Combite el V.D. y C. junto con el ilustrísimo Señor Obispo de Truxillo Doctor Don Josef Andr  z de Achurra, á quienes se dio la derecha de dicho Balcón, según el real privilegio de esta Ciudad, y en el centro se hallaban colocados los reales retratos en la forma antes dicha con dos Horquestas de Música. En las vísperas de dichos toros, hubo fuegos.

Fuegos que no podían faltar en estas celebraciones. Porque con ellos y con las luminarias nocturnas se pretendía dar a las noches el esplendor que durante el día la luz del Sol prodigaba a las decoraciones, los atuendos, carruajes y demás lujos que se exhibían con profusión de color. Así que el “ruido” (con perdón de los puristas) comprendía tanto la música como la algarabía y los estallidos de la pólvora; ello y el color, la luz y el movimiento fueron elementos totalmente imprescindibles en la fiesta, de los cuales sin duda alguna dependía en gran medida su existencia.

13. A fines del siglo XVIII, en la Real Calcografía de Madrid, Luis Fernández Noseret, alumno de Salvador Carmona, grab   una serie titulada “Colección de las principales suertes del toreo”, entre las cuales se ven algunas de las aquí mencionadas.

Sin olvidar el sentido y las profundas implicaciones de las fiestas reales en donde mediante la figura del rey, “objeto y fin de la Fiesta”, se enfatiza el poder y se subyuga a los súbditos, hemos tratado de conocer cómo, dentro de la aparente unidad de una celebración que se hace por mandato y según la tradición bajo determinados parámetros, también son posibles las variantes y las especificidades manifiestas en cada región. Quizás más allá del momento, es probable que el estudio de estas expresiones de arte efímero nos indique el camino para descubrir el origen de algunas formas culturales propias de nuestros países, de ciertas costumbres que se mantienen, y de cómo esta actividad con expresiones tan diversas, entre las que se encontraban tanto las artes visuales como temas diversos de la literatura y del teatro, los juegos de artificio, los bailes, las comidas y las corridas de toros, contribuyó en gran medida a la formación de una mentalidad y una cultura propias en cada uno de los reinos españoles de América. ✿

Bibliografía

- Archivo General de la Nación, Bogotá, Colombia. Fondos: Policía, Cabildo, Miscelánea, Colonia y Virreyes.
- Bargellini, Clara, "La lealtad americana: el significado de la estatua ecuestre de Carlos IV", *Iconología y sociedad, arte colonial hispanoamericano*, XLIV Congreso Internacional de Americanistas, Manchester, 1982, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.
- Bonet Correa, Antonio, "La fiesta barroca como práctica de poder", *El arte efímero en el mundo hispánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- Carrete, Juan y otros, "El grabado en España, siglos XV-XVIII", *Summa Artis*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.
- Cordovez Moure, José María, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, Madrid, Aguilar, 1962.
- Fajardo de Rueda, Marta, "Art in the Viceroyalty of New Granada", *Barroco de la Nueva Granada Colonial Art from Colombia and Ecuador*, Nueva York, American Society, 1992.
- Friedmann, Susana, *Las fiestas de junio en el Nuevo Reino*, Bogotá, Imprenta del Instituto Caro y Cuervo, 1982.
- Giraldo Jaramillo, Gabriel, *El grabado en Colombia*, Bogotá, ABC, 1960.
- Gisbert, Teresa, "La fiesta y la alegoría en el virreinato peruano", en *El arte efímero en el mundo hispánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- , "Calderón de la Barca y la pintura virreinal andina", *Jornadas de Andalucía*, 1992.
- Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, Casa Editorial de M. Rivas, 5 vols., Bogotá, 1893.
- Martínez, Francisco, *Introducción al conocimiento de las bellas artes o diccionario manual de pintura, escultura, arquitectura, grabado, etc.*, Madrid, 1788.
- Morales Folguera, José Miguel, *Cultura simbólica y arte efímero en Nueva España*, Granada, Junta de Andalucía, 1991.
- Rodríguez, Manuel del Socorro, "Papel Periódico de Santafé de Bogotá", 1791, Fondo Raros y Curiosos, Biblioteca Nacional de Colombia.
- Rodríguez, Pablo, "Los toros en la Colonia", *Revista Credencial*, Bogotá, febrero de 1996.
- Urdaneta, Alberto, *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, Imprenta de Silvestre y Cia., 1881-1887.